

dor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. —¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar Don Antonio, y fué le respondido por el propio tenor, paso:—estais tú y tu muger, con dos amigos tuyos y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado Don Quijote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose Don Antonio de la cabeza, dijo:—Esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la muger de Don Antonio, y lo que le preguntó fué:—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fué le respondido:—Sé muy honesta.—No te pregunto mas, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dijo:—Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondieronle:—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo:—Esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto, las obras que se hacen, declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntóle:—¿Quién soy yo? Y fué le respondido:—Tú lo sabes.—No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas, si me conoces tú.—Sí conozco, le respondieron, que eres Don Pedro Noriz.—No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ó cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle:—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?—Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte.—Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de Don Antonio, y dijo:—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte, solo querria saber de tí, si gozaré muchos años de mi buen marido. Y respondieronla:—Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego Don Quijote, y dijo:—Dime tú el que respondes, ¿fué verdad, ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?—A lo de la cueva, respondieron, hay mu-

cho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion.—No quiero saber mas, dijo Don Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las aventuras que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué:—Por ventura, cabeza, ¿tendré otro Gobierno? ¿saldré de la estrechez de escudero? ¿volveré á ver á mi muger y á mis hijos? A lo que le respondieron:—Gobernarás en tu casa, y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos, y dejando de servir dejarás de ser escudero.—Bueno par Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perogrullo.—Bestia, dijo dijo Don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado, correspondan á lo que se le pregunta?—Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara mas, y me dijera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, escepto los dos amigos de Don Antonio que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que Don Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte. La tabla de la mesa era de palo pintada y barnizada como jaspe, y el pié sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila, que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de Emperador Romano y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia. El pié de la tabla era ansimesmo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza: y todo esto venia á responder á otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pié, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponía el que habia de responder pegada la boca con el mismo cañon, de modo que, á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y desta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respon-

diente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta: á las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce días duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que Don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase á los oídos de las despertadas centinelas de nuestra Fe, habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron que la deshiciese y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinion de Don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfaccion de Don Quijote que de Sancho¹. Los caballeros de la ciudad, por complacer á Don Antonio, y por agasajar á Don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis días, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á Don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo, le habían de perseguir los moachos, y así él y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues, que yendo por una calle, alzó los ojos Don Quijote y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las imprentas grandes se muestra. Llegábase Don Quijote á un cajon y preguntaba qué era aquello que allí se hacia, dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras² á uno y preguntóle, qué era lo que hacia. El oficial le respondió:—Señor, este caballero que aquí está (y enseñóle á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estále yo componiendo para darle á la estampa.—¿Qué título tiene el libro? preguntó Don Quijote. A lo que el autor respondió:—Señor, el libro en toscano se llama

¹ Estas cabezas, estatuas, ó simulacros fatales ó fatídicos, se usaron en varios tiempos, y se tenían vulgarmente por obra de la magia.

² Así se lee en la edicion primera y en las demas; pero es sin duda un yerro de imprenta claro, en lugar de *entre otros*, como se diria en el original de Cervantes.

ma *Le bagatelle*.—¿Y qué responde *Le bagatelle* en nuestro castellano? preguntó Don Quijote.—*Le bagatelle*, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos los juguetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales.—Yo, dijo Don Quijote, sé algun tanto del toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto. Pero dígame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no mas) ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar *pignata*?—Sí, muchas veces, respondió el autor.—¿Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó Don Quijote.—¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla?—¿Cuerpo de tal, dijo Don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta, que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuesa merced en el castellano place, y á donde diga *piu*, dice mas, y el *su* declara con arriba, y el *giu* con abajo.—Sí declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son propias correspondencias.—Osaré yo jurar, dijo Don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos. ¿Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¿qué de ingenios arrinconados! ¿qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece, que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revers, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir, que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre¹, y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su *Pastor Fido*, y el otro Don Juan de Jáuregui en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traduccion, ó cuál el original. Pero dígame vuesa merced, ¿este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero?—Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera

¹ Segun Rios, parece que desapruueba Cervantes la ocupacion de traducir; pero si se repara con atencion, se verá que habla solo de las obras de ingenio, las cuales ó se han de traducir muy bien, como el *Pastor Fido* ó la *Aminta*, ó se han de dejar en su lengua original.—Clemencin.

impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas.—Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió Don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo, que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante.—¿Pues qué, dijo el autor, quiere vuesa merced, que se lo dé á un librero que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama.—Dios le dé á vuesa merced buena manderecha, respondió Don Quijote, y pasó adelante á otro cajon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba: *Luz del alma*, y en viéndole dijo:—Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbados. Pasó adelante y vió que asimesmo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su título, le respondieron que se llamaba: *La segunda parte del ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas.—Ya yo tengo noticia deste libro, dijo Don Quijote, y en verdad y en mi conciencia, que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará, como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad, ó á la semejanza della, y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son mas verdaderas: y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mesmo dia ordenó Don Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó Don Antonio al Cuatralvo de las galeras, como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso Don Quijote de la Mancha, de quien ya el Cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

